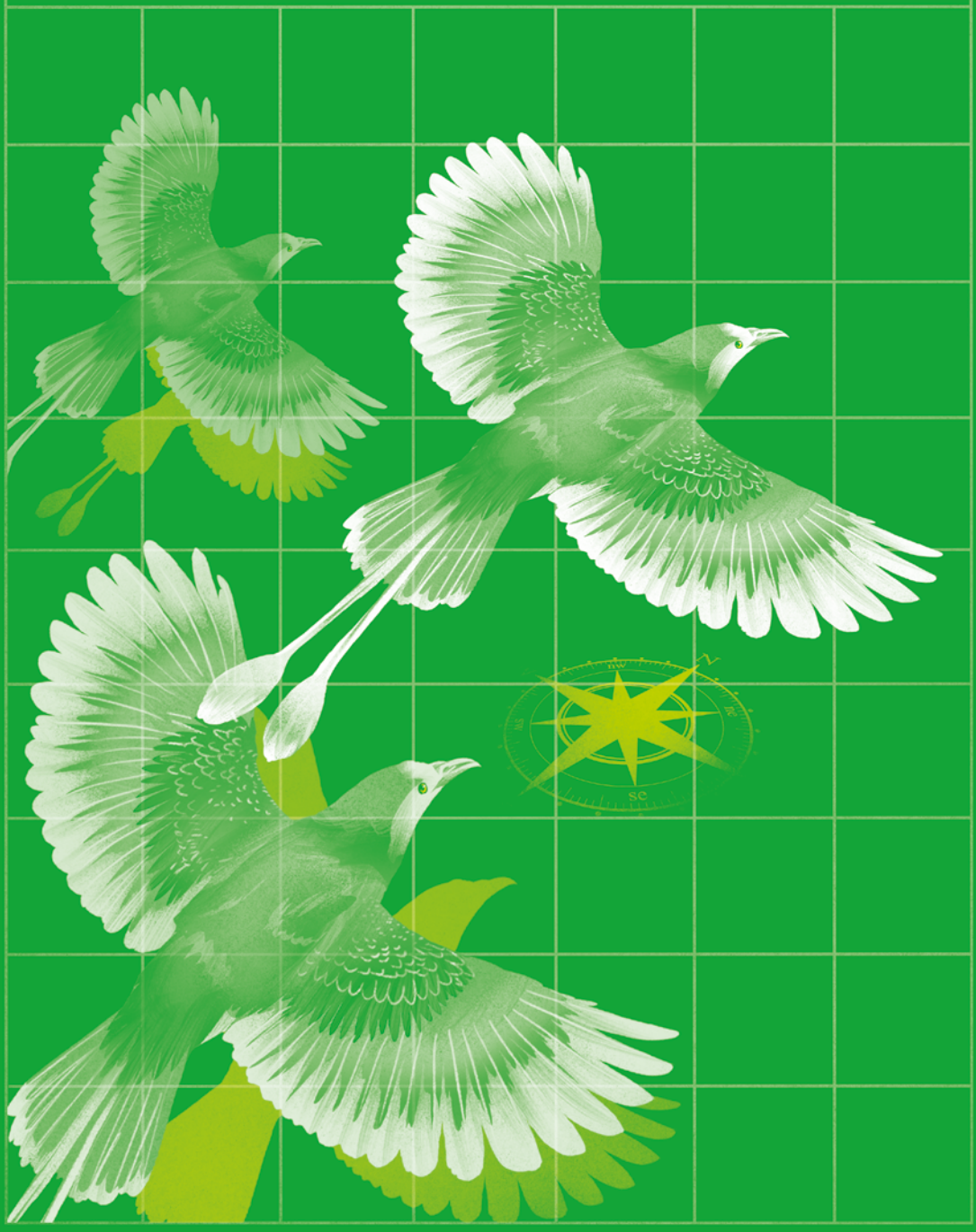
EN EL CIELO ESTÁN LAS CLAVES PARA ENTENDER LO QUE SE AVECINA

Josué Cabrera Serrano

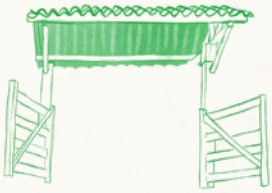
[DISTRITO REGIONAL DE MANEJO INTEGRADO ALTO CALIMA]



DISTRITO REGIONAL DE MANEJO INTEGRADO ALTO CALIMA
[CALIMA EL DARIÉN, VALLE DEL CAUCA]



EN EL CIELO ESTÁN LAS CLAVES PARA ENTENDER LO QUE SE AVECINA



PARPADEOS ENTRE LAS LADERAS

[línea argumental]

—

Mientras algunas fincas suben hasta el inicio de la niebla del Páramo del Duende –desdibujadas, entre las lluvias, a veces parecen subir hasta el cielo–, hay otras que comunican los valles cruzados de agua con la montaña.

Las casas son un parpadeo entre las laderas y la vegetación; toman forma a medida que uno se acerca y ve, entre las ramadas, las aristas habitables.

Muchos de los árboles que nos topamos en el camino son descendientes o reemplazos de otros cuyos troncos alimentaron el hambre de estas construcciones.

Con el bosque cifrado en sus vigas, los límites entre espacios –el adentro o el afuera del hogar– son difusos.

Cuando estamos alrededor del fogón donde se cocina la comida y se prepara el café, hay algo que nos hace sentir cubiertos y cobijados: es la pared a nuestras espaldas y el techo sobre nuestras cabezas.

"Aquí no hay que salir para pajarear", dice Rigaúl, una de las personas que vive en la Finca Ecoturística El Tesoro, mientras nos muestra los lugares donde se posan diferentes especies cerca a la estufa de la casa.

Estar adentro es estar cerca al fogón, aunque este no queda en el centro de la casa; también resulta el centro de gravedad porque todos acabamos allí.

El humo: la señal del fogón encendido o de la vida misma.

Alrededor de las casas siempre hay una huerta con diferentes plantas. Algunos tienen huertas agroecológicas, otros un bosque, otros cultivos de cacao.

En el DRMI Alto Calima convertir un terreno en un hogar, o un manojo de paredes en una casa, es negociar constantemente cuáles espacios y cuáles recursos son de las personas y cuáles de la naturaleza.

Los sonidos, los olores, las plantas y los animales alados –aves, insectos y murciélagos– entran y salen de estos lugares, tejiendo, como una aguja que apuntala dos telas diferentes, una forma de la habitabilidad que interpela y reacciona a la historia de extractivismo que no hace mucho escindió la región.

* "Aquí no hay que salir para pajarear", dice Rigaúl, una de las personas que vive en la Finca Ecoturística El Tesoro.



Distrito regional de manejo integrado alto Calima

[reporte básico]

—

Al nororiente de Santiago de Cali descansa el lago Calima. Este cuerpo de agua es resultado de la inundación del valle del río Calima, iniciada en 1966 para crear una presa y una planta hidroeléctrica. Quienes lo conocen dicen que la profundidad de sus aguas y la fuerza de sus vientos lo hacen un lugar ideal para practicar deportes acuáticos, y el crecimiento urbano de Calima El Darién, el centro urbano más cercano, habla de la consolidación de este como atractivo turístico de la región.

El territorio que rodea el lago y su presa, donde se cruzan los ecosistemas andinos de la Serranía de La Cerbatana, la zona de amortiguación del Páramo El Duende y el sector cálido de Río Bravo, representa un centro de biodiversidad del Valle del Cauca. Tanto así que a partir de diferentes

esfuerzos institucionales, movilizaciones de la sociedad civil y gestiones internacionales, en el 2024 la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC) declaró el Distrito Regional de Manejo Integrado Alto Calima (DRMI Alto Calima), un área de 18.114 hectáreas que busca proteger y asegurar los recursos naturales de la región y los servicios ecosistémicos que estos proporcionan a quienes viven allí.

La declaratoria hace que, con el paso de los años, dicho territorio pueda ser parte de un modelo de conservación y aprovechamiento sostenible. Las zonas consideradas como distritos regionales de manejo integrado son denominadas así por su importancia ecológica al tiempo que ofrecen diversos servicios ecosistémicos que pueden ser de provecho para las comunidades que viven cerca de ellas o en ellas mismas. Esta figura busca un balance entre los ciclos propios de la naturaleza y las condiciones socioeconómicas para habitar el territorio desde prácticas de uso responsable.

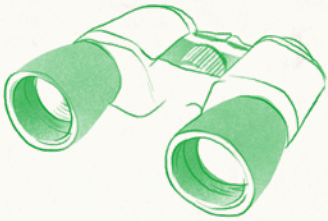
Con el ánimo de identificar recursos ecosistémicos presentes y formas de preservarlos, este territorio hace parte de la iniciativa Conserva Aves, ejecutada por Fondo Acción. Conserva Aves, a partir de la cooperación de diferentes organismos internacionales, protege y gestiona hábitats críticos para las aves migratorias, endémicas y amenazadas, bien sea por su relevancia para el país, el hemisferio o a nivel global.



Una de las estrategias de Conserva Aves es el Monitoreo Acústico Pasivo (MAP). Esto ocurre a través de grabaciones sonoras esporádicas con dispositivos electrónicos ubicados de manera estratégica en la zona comprendida por el DRMI. Estas grabaciones identifican las aves presentes en el territorio, lo que facilita medir la efectividad de la figura de conservación en la protección de estas especies y propende por la apropiación de esta información dentro de la comunidad.

En marzo de 2025, como parte de los procesos del MAP, acompañé la visita al DRMI Alto Calima en la cual Janny González Sánchez, una de las biólogas que trabaja con Calidris, organización aliada de Conserva Aves, realizó mantenimiento a las grabadoras ubicadas previamente en una visita que tuvo lugar en enero del mismo año. También presencié la capacitación de miembros de la comunidad para que sean ellos quienes continúen con la estrategia de monitoreo. Fue una oportunidad para ver y entender cómo funciona este programa y para conocer cómo las personas, que viven en el DRMI, se vinculan a estas iniciativas.





BESTIARIO PARCIAL DEL ALTO CALIMA

[material abierto + entrevista poética]

—

Las aves:

Janny, la bióloga que acompañé en caminatas por las fincas y los bosques del DRMI para cambiar las baterías y las memorias en las grabadoras del proyecto MAP, me dijo que el pajareo es una práctica y una industria intensiva en Colombia. Hay personas con el pajareo como pasatiempo que vienen de muchas partes del mundo dispuestas a pagarles a guías o a finqueros para poder observar, por un instante, una de las múltiples especies que viven en el país o pasan por alguna de sus regiones en sus rutas migratorias. Es común que los habitantes y dueños de las fincas dejen comida a la vista para que las aves y los pájaros se acostumbren a venir a alimentarse cerca de sus casas. Janny dice, pensativa, que esta acción, *cebar los animales*, perjudica los ecosistemas porque acaba por mascotizarlos, lo que hace que dejen de participar en los ciclos alimentarios y ecológicos de los cuales hacen parte.

Caminar es dejarse encontrar por el canto de las aves. Escuchamos al solitario andino, vemos copetones, hablamos del bienparado.

En uno de nuestros recorridos por El Tesoro, Rigaúl se detiene, tensiona su cuerpo como quien quiere distinguir un sonido y dice que estamos cerca de un nido. Nadie lo ve. Él repasa con sus binoculares las copas de los árboles que nos rodean. Al lado de una zarza, le pide a Jimena –una de las vecinas de la región que está aprendiendo a mantener activas las grabadoras del proyecto MAP– que lo deje subirse en su espalda. Quiere asomarse al tronco hueco. Adentro encuentra un nido con tres polluelos. Jimena le dice: "no vaya a tocarlos, que la mamá los aborrece". Nos quedamos unos minutos alrededor de la zarza, escuchando los pájaros dentro y fuera del árbol; un rumor constante hace que tengamos que concentrarnos en el subir y bajar de nuestros pechos para distinguir el sonido de nuestro aliento.

Ranitas de cristal:

Mientras caminamos alrededor de El Ensueño, otra de las fincas donde están instaladas las grabadoras del proyecto MAP, Jimena le cuenta a Janny de una ranita de cristal que encontraron hace poco por acá, esas que tienen la piel transparente y ves sus órganos internos; su piel traslúcida funciona como una ventana a un bolsillo de agua convertido en cuerpo.

Puma:

Otra de las presencias que orbita las conversaciones, que va y viene, escondido detrás de dos o tres frases como un sol convertido en felino, es el puma, "fuego tenebroso de las criaturas de dios que saben mirarnos sin ser vistas", en palabras de Juan Cárdenas.

Amalia, que también vive en El Tesoro, nos cuenta que es posible saber si el cadáver de un animal fue devorado por un puma porque este suele comerse solo la mitad del cuerpo de su presa, y deja el resto escondido debajo de hojas y excremento. Además, a diferencia del oso, el puma sí come vísceras.

El camino nos enseña una huella del animal esquivo. Rigaúl y Janny dicen que, por la profundidad de la marca, puede ser un adulto de treinta y cinco o cuarenta kilos. Es como la huella de un gato, pero del tamaño de un puño humano. Rigaúl dice que estamos caminando por uno de los corredores del puma y que no hay de qué preocuparse; él no buscaría acercarse a un grupo de cuatro personas adultas. El riesgo sería para un niño. Podría llevárselo fácilmente al ser una presa liviana. Con todo, Rigaúl retoma el camino más callado de lo usual.

Oso de anteojos:

Amalia nos cuenta que una vez le trajeron carne de oso. Dice que sabe a res. Cuando recorremos El Ensueño, Jimena nos confiesa que siempre que camina con sus hijas por los senderos

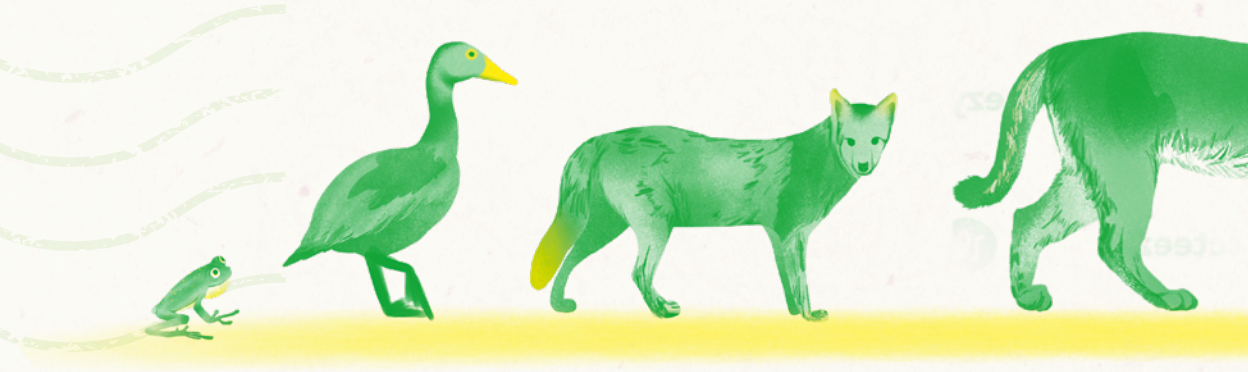
✳ Una parte de mí siente curiosidad por este animal que solo he visto en fotos, otra parte empieza a imaginar siluetas extrañas en medio de las paredes verdes y ramadas de los bosques que recorremos.

trata de hacer mucho ruido. Supuestamente, estos animales huyen cuando escuchan personas. Le da miedo que se le aparezca un oso, incluso a pesar de que le han dicho que es un animal que no se deja ver por la gente. Una parte de mí siente curiosidad por este animal que solo he visto en fotos, otra parte empieza a imaginar siluetas extrañas en medio de las paredes verdes y ramadas de los bosques que recorremos.

Zorro plateado:

Amalia nos habla de un grupo de zorritos a los que les da comida en las noches. Les llama firulais o "el problema que me gané". Son pequeños animalitos grises que se acercan por las noches a la casa de El Tesoro. Ella los alimenta en las mismas ollas donde les cocina. Se las deja en la huerta que rodea el fogón. A veces los zorritos se llevan las ollas. En las caminatas alrededor de la finca estas aparecen en medio del monte.

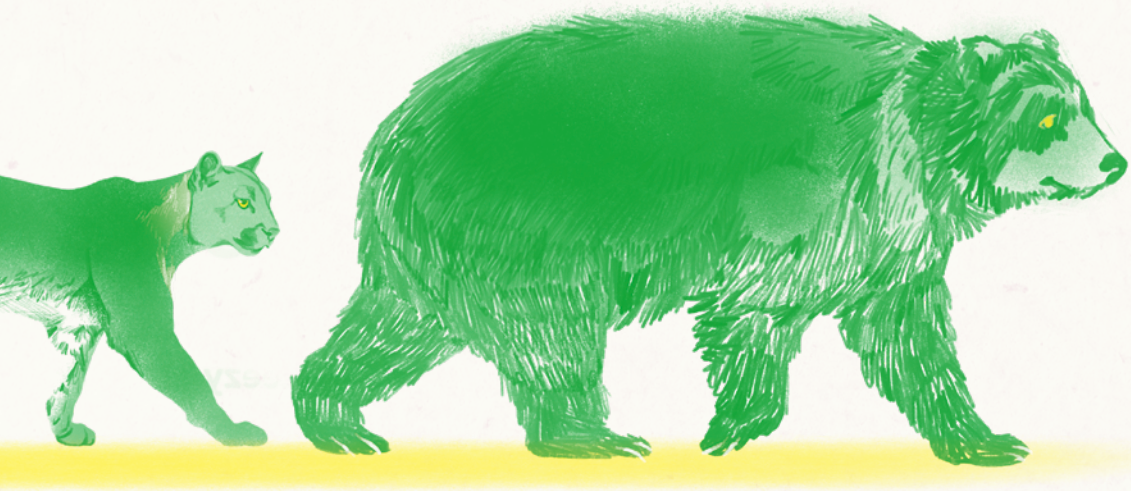
Una vez un animal salvaje entró al galpón de El Tesoro y se comió seis patos, cada uno con un valor de venta aproximado de cien mil pesos



colombianos. Rigaúl siente que eso es haber perdido más de medio millón en una sola noche. Al parecer hay una manada de perros ferales que andan comiéndose los animales de las fincas. Amalia dice que son los que se comen las aves que ellos crían. Rigaúl es de otra idea: “esta es la huella del enemigo mío”, y señala las huellas de los zorritos en la trocha.

Patos:

“Vaya y les trae cidra a los niños”, le dice Amalia a Rigaúl. Mientras tanto, ella nos muestra los patos que crían en el galpón a veinte metros de la casa. Cuando Rigaúl regresa, alza los patos y los acaricia con mucho amor. Dice que son descendientes de patos chilenos, les habla al oído y les cuenta secretos que no le cuenta a nadie más.





De todos los lugares donde los avisten; de los suelos donde las planten

[huerta de miradas]

—

Un paisaje de aves y familias:

En las conversaciones que Jimena tiene con las personas que viven en las fincas que visitamos se bocetea un mapa de aves; los puntos se distinguen unos de otros por las especies que se han visto en uno u otro lugar. Hablan de algunas que no son oriundas de la región y comienzan a especular acerca de sus rutas migratorias. Luego consultan la copia que cada finca tiene de la *Guía ilustrada de avifauna colombiana* (2016) y discuten los posibles itinerarios de estos animales que no son de ninguna parte, y justo por eso son de todos los lugares donde los avisten.

Las aves generan un interés significativo en quienes viven en la región. Saber cuáles especies se posan en los árboles vecinos es como saber cuándo vendrá la temporada de lluvias o cuánto

tiempo le toma a la tierra recuperarse para volver a ser trabajada. Es en estas conversaciones donde se entiende la dimensión de apropiación que este proyecto tiene para quienes viven acá: saber de estas aves es tan vital como saber cuál es el camino por el que baja el agua cuando se desborda un río.

En uno de los recorridos entre fincas que hacemos en jeep, Jimena nos cuenta que una vez, cerca de su casa, un bienparado cantó y su hija se asustó porque decía que sonaba como una mujer gritando. Le daba miedo porque no estaba escuchando el canto completo. Tal vez con más atención hubiera percibido ese silencio sin jadeo que deja en evidencia que el canto no sale de pulmones humanos. Esta ave se posa tan recto sobre la punta de los palos que parece una extensión de ellos. Conocer bien los cantos de las aves también es un oficio, no es nomás algo que se da de manera natural por convivir en sus entornos. En estas anécdotas entiendo que la diferencia entre cruzarse con las aves y convivir con ellas reside en la voluntad: conocerlas bien, saber de ellas, buscar aprender las maneras en las que manifiestan las cosas.

Amalia, Rigaúl y las plantas:

Hablar de plantas es hablar del mundo: Amalia y Rigaúl enumeran las matas que rodean el fogón y el comedor de la casa de El Tesoro; cuentan de dónde vinieron, hace cuánto las tienen, qué fruto dan, qué han preparado con

ellas, para qué se dice que sirven. Luego la conversación alcanza los usos espirituales de estas. Ellos las llaman "de protección", pero no precisan la manera en la que protegen. Relatan en cambio en qué lugares de la casa están sembradas estratégicamente y el hecho de que "alejan el Duende".

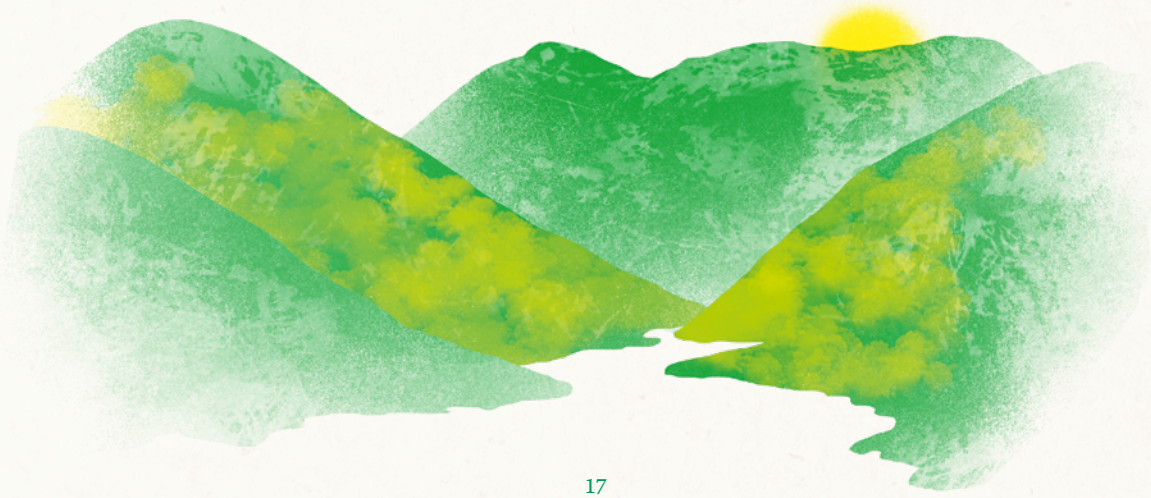
Me llama la atención que entre las plantas de protección enumeran las orquídeas y los anturios, flores que en las ciudades solemos valorar por el valor estético que asignamos a sus flores. Llevo toda mi vida interpretándolas desde esta perspectiva limitada, pensando que esa era la única razón por la cual alguien podría querer tenerlas cerca. Surge la sábila, como en muchas casas colombianas. Mencionan también la albahaca negra y la blanca, el cidrón y el tabaco.

Además de la huerta agroecológica que rodea la casa, Amalia y Rigaúl mantienen un vivero justo detrás de una pendiente sembrada de maíz. En el vivero crecen plantas que venden por entre cinco mil y quince mil pesos, pero esas mismas plantas se venden en viveros certificados por precios que están entre los cuarenta y los setenta mil. Rigaúl dice que es casi como si las donaran o las regalaran. Muchas de las plantas que acá ya crecen descaradas, desparramadas como un cuerpo dormido, llegan como pequeños retoños y germinados que ellos recogen en sus caminatas. En estos recorridos prestan atención a las especies nativas que, una vez en el vivero –donde han reunido alrededor de sesenta especies–, cultivan

hasta que pueden replantarse en otros espacios. Lo anterior resuena con uno de los objetivos que impulsa la declaratoria del DRMI Alto Calima: conservar especies maderables que, debido a la tala excesiva, están en riesgo de desaparecer. Amalia y Rigaúl también saben de suelos, cómo cuidarlos y ayudarles a recuperar lo que su uso agrícola intensivo les quita. Amalia explica que a la tierra le toma tres o cuatro años volver a tener los minerales necesarios para que la vida surja en ella. Cuando dice esto, enumera una serie de nutrientes (elementos químicos) —fósforo, nitrógeno, potasio, calcio, magnesio, zinc— que deben entrar en el suelo para que se regenere.

En una caminata alrededor de El Tesoro, Rigaúl nos muestra el tronco mutilado de un roble de setenta años que un familiar de ellos taló sin su permiso para disponer de su madera. No entra en detalles. El silencio es otra forma de la decepción.

* Entre las plantas de protección enumeran las orquídeas y los anturios, flores que en las ciudades solemos valorar por el valor estético que asignamos a sus flores.







El Canto De Las Plantas enramadas

[herbario estético y social]

—

En el nororiente del departamento del Valle del Cauca el paisaje cambia. Las carreteras se estiran como bostezos al lado de cultivos de caña de azúcar con plantas que llegan a medir lo mismo que una casa de dos pisos; el asfalto se enculebra y comienza a rodear montañas con curvas cada vez más cerradas. Cambia la vía y cambian las formas verdes que la rodean. Esta pluralidad de hojas y troncos hace pensar que cada planta tiene un enigma en sus formas, un ritmo que hay que detenerse a escuchar. El ojo se abre ante un coro de verdes que entonan el canto de las plantas enramadas.

Una vez en el DRMI Alto Calima, cada vez que me hablaban de una planta, había voces que la rodeaban y le daban un sentido dentro de la naturaleza habitada de la región. Estas plantas no solo son el resultado de la manera en la que los bosques húmedos crecen y se repliegan sobre las montañas. Esta región tiene una tradición de

trueque de semillas que mantienen viva gracias al trabajo de diferentes asociaciones, como Asocomore, liderada por Amalia desde la finca El Tesoro.

El siguiente conjunto de flora local habla de lo que estas plantas significan para quienes viven junto a ellas. Algo como un herbario social que muestra cómo las personas que viven con las plantas acaban contagiándolas a ellas de sus voces, sus manías y sus maneras de ser. En *Los sabores de la montaña*, un recetario que resultó de los laboratorios gastronómicos que han desarrollado algunos habitantes de la región como iniciativa para reapropiar el alimento preparado con especies nativas, hay una receta llamada Ensalada de Rocío. Hace referencia a las gotas de agua que amanecen en las hojas de las plantas. Esta imitación gastronómica de la naturaleza habla de una manera de pensar el alimento que no se limita ver las plantas como meros ingredientes; ellas son un ritmo químico, una cadencia viva con la cual tratan de sincronizarse quienes buscan alimentarse de ellas.



Guadua:

En Río Bravo, en una ladera sembrada de café con cercas naturales de guadua, buscamos una de las cintas que, amarradas a un tronco como un moño de regalo, marca el sitio donde instalaron una de las grabadoras del monitoreo acústico. Mientras nos acomodamos, Rigaúl arranca los brotes de los tallos de las guaduas. Son pequeños cachos que les crecen a los palos; se clavan o rasguñan si se pasa al lado de ellos sin precaución. Rigaúl toma uno de estos cachos y, con su machete, comienza a limpiarlo de cualquier protuberancia. Le pregunto si va a hacer algo con el cacho. Me cuenta que son muy buenas espuelas para los gallos de pelea. Una vez tuvo un buen gallo que casi lo mete en un problema por matarle el animal a otro hombre, un tipo con mal temperamento.

Trébol de cuatro hojas:

Al lado del fogón de la finca El Tesoro, Amalia tiene siete plantas de trébol de cuatro hojas que se multiplican formando un jardín diminuto de cruces verdes del tamaño de la palma de la mano abierta.

Yarumos:

José, un joven cocinero e investigador que nos acompaña en un par de recorridos y que lidera proyectos de reapropiación culinaria, me cuenta que los yarumos blancos avisan cuando va a llover. Sus hojas, grandes platos de cinco puntas, se encocan hacia el cielo como queriendo recibir

✳ En **Los sabores de la montaña, un recetario que resultó de los laboratorios gastronómicos que han desarrollado algunos habitantes de la región como iniciativa para reapropiar el alimento preparado con especies nativas.**

el agua. En los valles al sur del municipio de Calima El Darién es común ver los bosques moteados con las copas blancas de los yarumos como un patrón textil. Jimena me hace ver que las flores del yarumo blanco parecen dedos de una misma mano. Las inflorescencias de este árbol se extienden como manos hacia nosotros en un gesto ambiguo. Cada vez que me encuentro una de estas flores siento que están señalando hacia una dirección diferente.

Mirto:

Cuando habla de las matas que están en la huerta que rodea la casa, Rigaúl llega al mirto y me cuenta que, para el dolor de muela, es más efectivo que la pasta de coca. Explica que con masticar una hoja de esa planta el dolor desaparece por tres o cuatro meses, mientras que el alivio que da la pasta de coca puesta sobre la encía adolorida solo dura unos cuantos días.

Pringamosa:

Unas hojas que se pegan a la ropa y no quieren soltarla rodean El Tesoro. Me advierten que tenga cuidado con la pringamosa porque puede rasguñar la piel y causarme urticaria. Rigaúl nos cuenta que en el ejército usan las hojas de esta planta para castigar a los cadetes, pero también nos cuenta, y esto lo reitera Jimena, que en los recientes experimentos culinarios que han hecho, han encontrado que la pringamosa también es un ingrediente con potencial. Una vez remojadas, cocidas y molidas, estas hojas se pueden añadir a platos como arroz cocinado. En las recetas hablan de estas hojas como



una hierba que se cuece, pierde algunas de las propiedades hostiles de sus hojas y al freírse no acaba de marchitarse, como una planta que se resiste a deshacerse.

Cidra:

El tubérculo que conozco como guatila o papa de pobre acá le dicen cidra. La usan mucho como alimento para los animales. Tienen frutos gigantescos, las guatilas más grandes que he visto en mi vida.

Bore o mafafa:

En las caminatas encontramos hojas del tamaño del cuerpo de un adulto que parecen negar con su cabeza cuando pasamos. Botan un eco profundo, una voz verde oliva, cuando uno las golpea. También tienen en su raíz un fruto con diferentes nombres, mafafa o bore, dependiendo de la región en Colombia. José Luis me dice con orgullo que han hecho panes, arepas y tortas de mafafa, también usan el bore en recetas de crema de sabaleta, para espesar la sopa. Estas plantas son una opción local para complementar las comidas y no es extraño escucharlas mencionadas en las conversaciones sobre soberanía alimentaria.

También existe una preparación tradicional, propia de los trapiches de caña de azúcar en época de molienda, en la cual el bore se cuece en el melao de la caña de azúcar y se convierte en un bocado dulce que da energía para seguir moviendo la caña y sacando su bagazo.

Resucitado de monte o San Joaquín:

En *Los sabores de la montaña* recomiendan sembrarla para alimentar colibríes y mieleros y su flor resulta de provecho para el ciclo de producción de mieles de las abejas. Mientras leo la receta, vuelven a mí las palabras de José Luis, quien insiste en que hay que comer lo que la tierra nos da y lo que los animales nos enseñan a valorar.

Cacao:

Desde el primer día en el municipio de Calima El Darién me hablan de una cacaotera que queda en Río Bravo. Me cuentan que es un grupo de árboles que llevan creciendo por su cuenta, sin cuidado o cultivo de nadie, cerca de sesenta años. Son árboles que dejan caer sus frutos y son estos mismos, en su descomposición, los que vuelven a alimentar la tierra sobre la que crecen los árboles. El sonido de la cacaotera es diferente a la del cañaduzal; el viento no se filtra entre las ramas, se atora entre las grandes hojas que no dejan pasar la luz del sol. Mientras que en el bosque húmedo de la zona de amortiguación del Páramo del Duende el aire gotea, el cañaduzal o cafetal irregular de Río Bravo anuncia la brisa con el rumor de sus hojas entrechocando entre sí, dándole voz a la sed del cultivo, de la tierra.



Canalones y Caminos

[estelas: otros sentidos de la naturaleza]

—

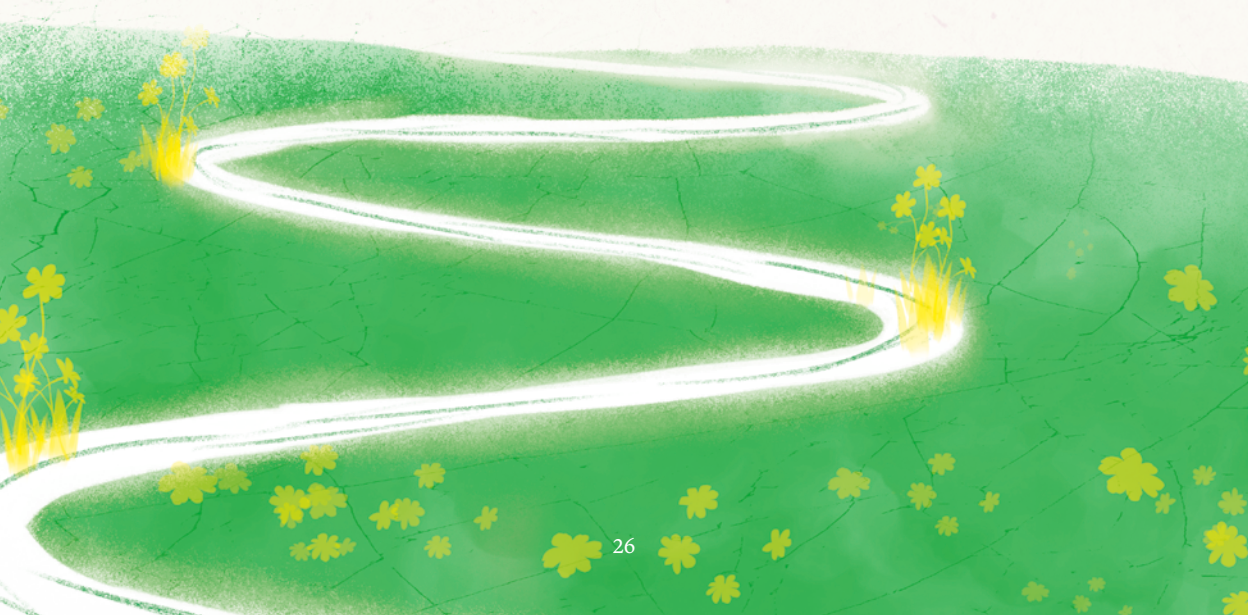
Suena una frase recurrente en las trochas: “esto era un camino viejo, un sacadero de madera”. Amalia nos describe los canalones, hendiduras de tres o cuatro metros de profundidad que los taladores de árboles abrían en las montañas para bajar los maderos talados de los bosques elevados. A veces se confunden con los caminos de herradura que llevan décadas moviendo a la gente. Son montañas atravesadas por estos renglones sobre los que se escribió la historia de tantos arrieros.

Nos movemos a su vez por otros caminos sutiles. Parecen intuiciones: un leve cambio en el suelo les hace saber que alguien ha pasado por aquí antes; no hay mucha señalización más allá del conocimiento que Jimena o Rigaúl, quienes suelen ir al frente, tienen del terreno. Compruebo que existe manera de leer la trocha por donde han pasado otras personas antes que nosotros. Cruzamos por una apertura leve en la vegetación, una pausa en el bosque. Somos manchas entre el pestañeo de las hojas en el camino. También

* Compruebo que existe manera de leer la trocha por donde han pasado otras personas antes que nosotros.

caminamos encima de un tapete de hojas secas que se vuelven a humedecer y ablandar por el incesante flujo de agua.

Cuando llegamos a un claro y no sabemos cómo seguir, hay un consejo: "usted sabe que el camino está andado porque a los árboles tocados los distingue la falta de musgo". Nos acercamos a los troncos buscando esa pausa del color verde que nos indique que por ahí podemos seguir. Dichas marcas leves son claves en un espacio donde se cae un árbol por cualquier razón y cambia el camino. Además de los troncos caídos, también cambia la geografía del recorrido cuando pasan batallones de soldados, quienes retiñen las vertientes del camino por las que patrullan. Alguna vez, mientras Rigaúl caminaba por los caminos de la finca y sus alrededores, se encontró un laboratorio de procesamiento de amapola abandonado. También nos contó que hace poco se cruzó con un batallón del ejército. Le sorprendió lo jóvenes que eran los soldados.





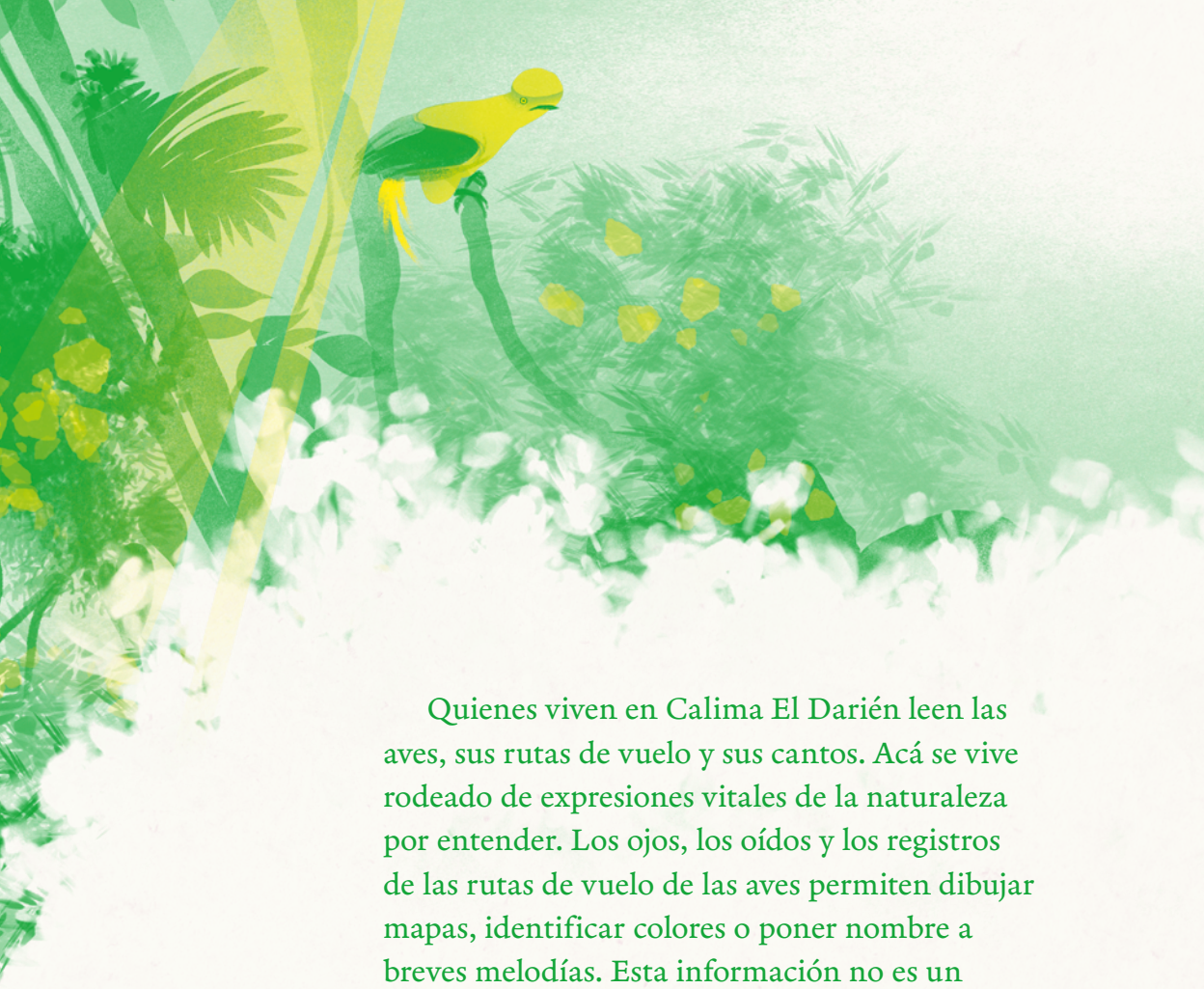
VER EL FUTURO EN EL VUELO DE LOS PÁJAROS

[futuros imaginados]

—

Existen testimonios históricos y literarios de la práctica del auspicio desde la antigüedad. Las personas miraban a los pájaros y en los trayectos de sus vuelos, en sus comportamientos o en sus rasgos interpretaban señales que les revelaban aspectos del futuro. Así fue como Rómulo y Remo definieron dónde construir Roma; así fue como los aqueos supieron que el sitio de Troya duraría diez años; así fue como, entre otros métodos adivinatorios, Tiresias supo augurar el destino trágico de Edipo. En el cielo –en la mirada hacia arriba– estaban las claves para entender lo que todavía no había llegado y se avecinaba.

Hay algo de esta antigua práctica en el espíritu de las personas relacionadas con la iniciativa Conserva Aves en el DRMI Alto Calima. Puede uno interpretarlo como continuidad de esta práctica antigua o relacionarlo con el concepto más contemporáneo de *ecoalfabetización*: rehacer –revivir– conocimientos sobre la naturaleza circundante que hace unas décadas eran transmitidos y que la vida urbana fue diluyendo sin piedad.



Quienes viven en Calima El Darién leen las aves, sus rutas de vuelo y sus cantos. Acá se vive rodeado de expresiones vitales de la naturaleza por entender. Los ojos, los oídos y los registros de las rutas de vuelo de las aves permiten dibujar mapas, identificar colores o poner nombre a breves melodías. Esta información no es un manojo de datos sin sentido. Más allá de los sentidos que una perspectiva ecológica y biológica pueda dar a estos datos, también hay un valor social que hace que jóvenes se tatúen la primera ave que avistaron o que aprendan a silbar el canto de una u otra especie.

En nuestro último recorrido nos detuvimos ante un mural bautizado "Río Bravo Biocultural": son seis aves pintadas en gran tamaño y otro puñado de especies endémicas. El gallito de roca y el barranquero están al frente, como dando la bienvenida a una visión de futuro donde este



territorio y quienes lo habitan fantasean con el día en que su principal bien y preocupación sean las aves que reúnen. El mural lo hicieron a muchas manos en el 2024, justo después de la declaratoria del DRMI. Es una plegaría y un recordatorio de que la vida de estas personas, sus fincas, sus cultivos y los animales se cruzan como las rutas migratorias de las aves que atraviesan el mismo espacio de vida.

En el mural la comunidad también retrata, debajo de la tierra y de las plantas cuyos frutos están volviendo a aprender a cultivar, varias de las piezas de cerámica precolombina descubiertas en los estudios previos a la inundación del valle. En una sola imagen, diferentes elementos del pasado y del presente hacen las puntadas sobre un textil de sonidos, caminos, sabores, plantas y saberes que poco a poco comienza a formar un futuro posible.



Debajo del agua, debajo de la tierra

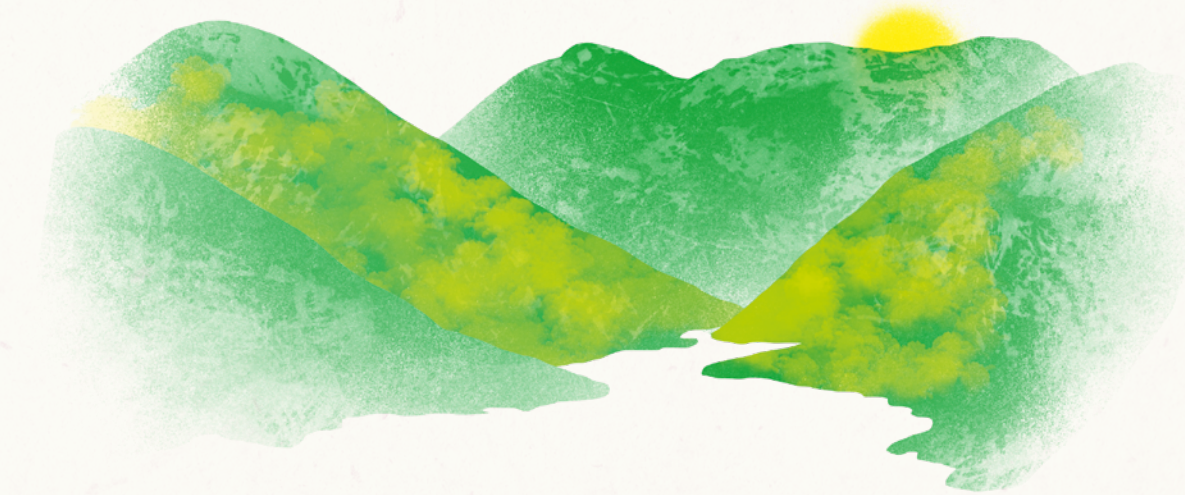
[material abierto]

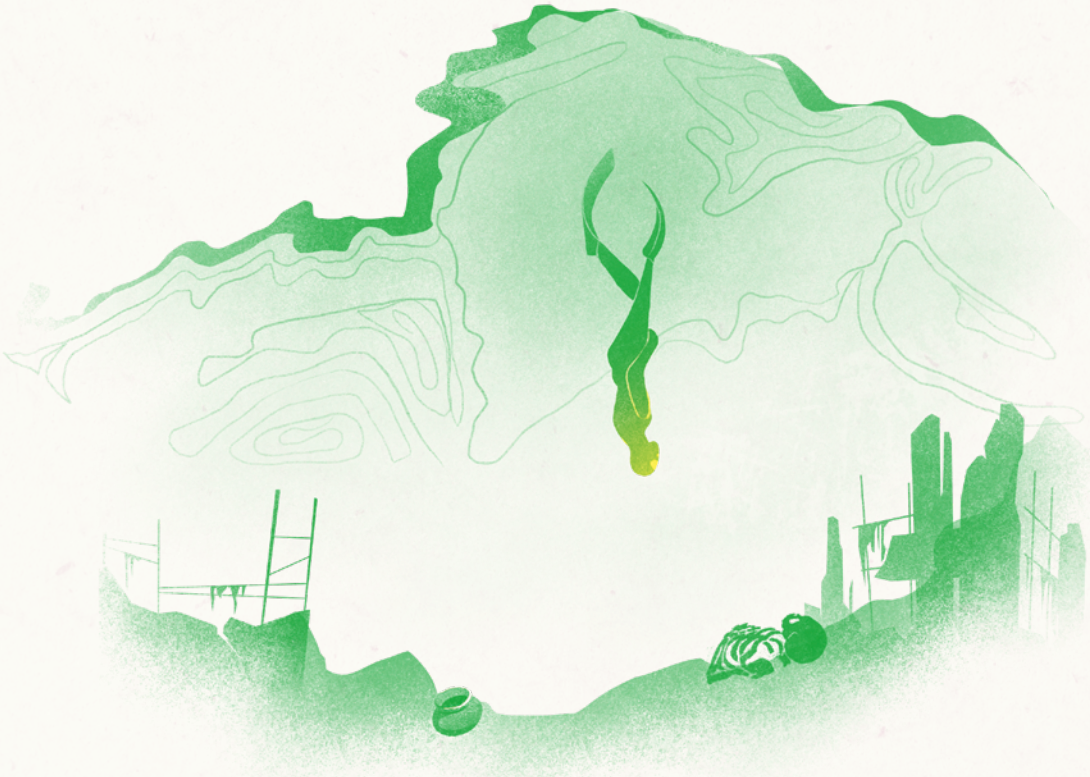
—

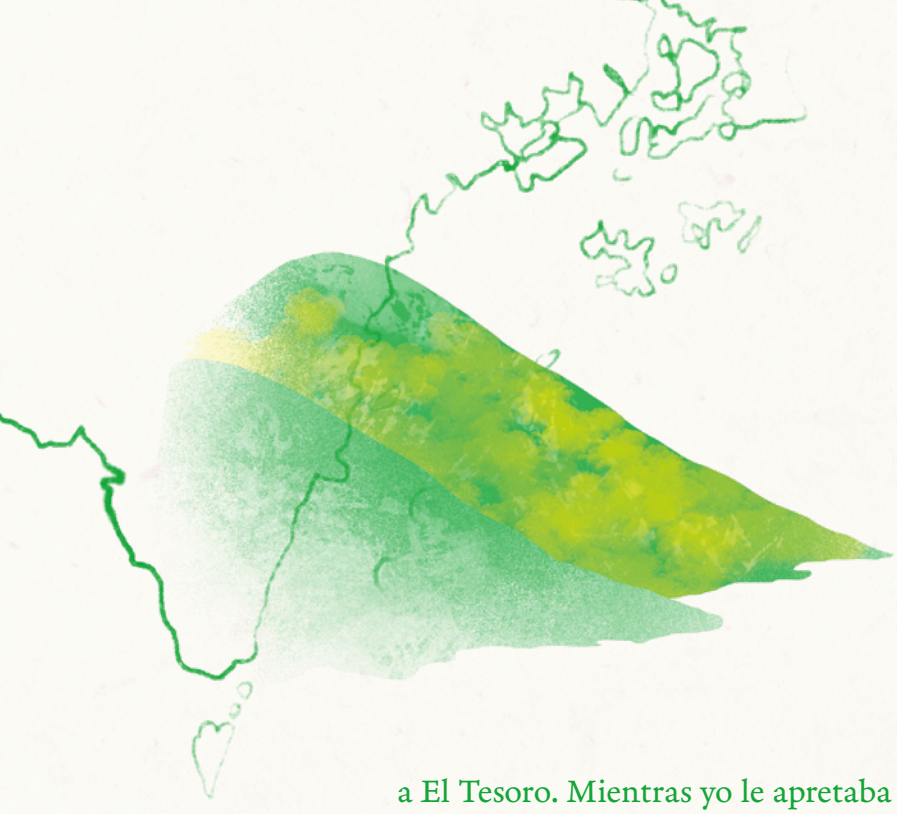
El último día de la visita, mientras regresamos al casco urbano de Calima El Darién desde Río Bravo, pasamos frente al Lago Calima. Hablamos de turismo, de deportes acuáticos y de El Brujo, el frío viento que cruza una y otra vez este cuerpo de agua.

Entre anécdotas sobre terratenientes con casas excéntricas, surgió la historia de un apneista que intentó foguearse en el Lago Calima. La apnea o buceo a pulmón es una práctica extrema que implica descender hacia el fondo de cuerpos de agua aguantando la respiración sin ninguna ayuda más allá del cuerpo entrenado. El deportista, que en otros contextos llegaba a estar bajo el agua hasta nueve minutos, tuvo que salir del lago casi inmediatamente. Ya en la superficie, dijo que su cuerpo no soportó el frío y que sus ojos no lograron atravesar la oscuridad del lago.

En el jeep nos acompañaba José Luis, quien me llevó en su moto cuando subí por primera vez





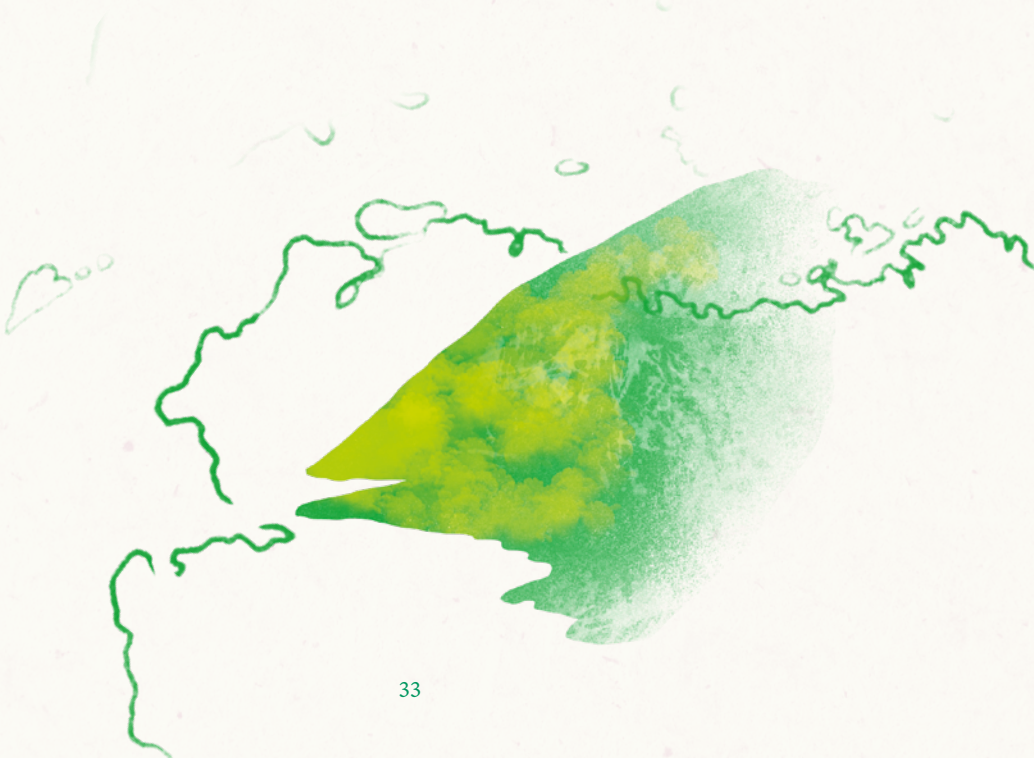


a El Tesoro. Mientras yo le apretaba los hombros sintiendo que me iba a caer en cada curva que tomaba la trocha, le pregunté por un bosque de pinos con el que nos cruzamos. Era una especie arbórea que no esperaba encontrarme en el cruce ecosistémico del valle del Lago Calima. José Luis me explicó que aquellos pinares fueron plantados hace años por empresas madereras que pensaban usar aquel tipo de pino para producir cartón. Cerró el tema diciéndome que la tala de esos árboles había sido aplazada por sospechas de que, en dichos terrenos, hubiera cadáveres enterrados.

Cuando llegamos a El Tesoro, luego de encontrarnos con Amalia y Rigaúl, conversamos sobre la quebrada El Caimo, que atraviesa la finca. Me contaron que el color del agua en ese momento, café amarillento, se debía a que hacía poco había llovido y eso había hecho que la quebrada se llenara de tierra en el nacimiento.

Además, la quebrada estaba mucho menos caudalosa porque la extracción petrolera de la región había hecho que las fuentes hídricas superficiales se drenaran para alimentar los caudales subterráneos que antes estaban llenos de agua.

Esta tierra aloja, en su interior, aguas redirigidas, cadáveres escondidos y marcas de la historia, como los caminos trazados por la historia de la extracción maderera y las piezas cerámicas precolombinas que se recogen en su mayoría en el museo arqueológico del municipio. Entender todas las cosas que están debajo de la tierra me ayuda a entender por qué los terrenos tienen formas inclinadas, empinadas y ondulantes. Una superficie caprichosa es la manera de expresar los cruces y choques de elementos que yacen en el fondo.



Esta publicación se produjo en el marco de Conserva Aves, una iniciativa liderada por American Bird Conservancy, National Audubon Society, BirdLife International y la Red de Fondos Ambientales de Latinoamérica y el Caribe (RedLAC) e implementada en Colombia por el Fondo Acción y la Asociación Calidris con recursos de Bezos Earth Fund.

En el cielo están las claves para entender lo que se avecina
[Distrito Regional de Manejo Integrado Alto Calima]
Josué Cabrera Serrano
978-628-97557-4-9

Fundar cuidado: figuras de conservación en territorios de Colombia
978-628-95312-9-9

Es un proyecto editorial de apropiación social del conocimiento de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo en alianza con el Fondo Acción.

FONDO ACCIÓN
Natalia Arango Vélez - Directora Ejecutiva
Juan Carlos Parada Jaiquel – Director Administrativo y Financiero
Elizabeth Valenzuela Camacho – Directora Técnica
Juan Pablo Marín Echeverry – Director Jurídico
Heidy Angarita Suárez – Directora de Operaciones
Luisa Mendoza Rozo – Coordinadora de Comunicaciones
Salomé Sánchez Sotomayor – Analista de comunicaciones y diseño

CONSERVA AVES
Sebastián Orjuela Salazar – Coordinador
Paola Barreto Herrera – Asistente Técnica

INSTITUTO CARO Y CUERVO
Daniella Sánchez Russo – Directora General
Juan Álvarez, Coordinador Creativo – Docente investigador de la Maestría en Escritura Creativa

DISEÑO
El Bando Creativo

Todos los derechos reservados a National Audubon Society, American Bird Conservancy, BirdLife International, Fondo Acción y Asociación Calidris. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable, o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso escrito previo de quienes ejercen los derechos de autor.



